

A pesar de estar algo gastada anticipadamente por los osados vaticinios de los profetas, la alegría que sintió Israel al conocer la toma de Babilonia, fue una auténtica embriaguez. Los efectos, sin embargo, sólo a medias respondieron a las terribles predicciones emitidas en nombre de Isaías y Jeremías. Babilonia no fue destruida: ciudades como aquella son de mucha vida. No es de creer que hubiera una matanza general: la ciudad conservó sus muros y sus palacios. El verdadero golpe mortal para Babilonia fue el sitio que le puso Darío, hijo de Histaspes, veinte años más tarde. El templo de Belo fue saqueado o destruido por Jerjes. La ruina total sucedió en tiempo de los Seléucidas. Sólo en la época romana pudo decirse que se habían cumplido las profecías: el espacio ocupado antes por Babel era un desierto.

Lo importante fue el cambio realizado en toda la política oriental, verdadera victoria de Jehová. Jehová se había batido furiosamente y aplastó a sus enemigos.

El poder caldeo representaba para el israelita piadoso el reino de la idolatría, de la fuerza y del mal. Además, era una dominación de hierro, que no dejaba libre ningún cautivo y no consentía esperanzas. La nueva dinastía era más agradable a los sectarios de Jehová. Razas de una moralidad relativa sustituyeron a la ferocidad ininteligente conocida antes. Sin implicar verdaderos elementos de progreso (solamente poseídos por Grecia), el nuevo imperio no era violento y daba entrada a la evolución, siempre que fuera lenta. Persia habría sido funesta si hubiera vencido a Grecia, pero vencida por ella, resultó útil. Su lugar en el mundo fue grande. La obra judía y cristiana deben estarle agradecidas. Israel, que se rebeló contra Grecia y que se hizo quemar por Roma, trató al Irán como país hermano, y quiso que participara de la estimación de Jehová.

La religión irania, el siglo VI antes de J.C. no estaba bastante unida al

tronco asirio. Ahuramazda el omnisciente (Ormuzd) era un auténtico Dios supremo, más abstracto que Jehová. Su rival Angramainius (Ahmán) no estaba muy desarrollado, de modo que la religión persa en aquella época era como un monoteísmo. No tenía templos. Llegaba hasta las consecuencias ordinarias del monoteísmo, a la intolerancia, al horror exagerado a las imágenes.

Por todo esto se establecería entre Israel y los nuevos conquistadores una gran simpatía. La institución de los magos que puede remontarse a la Media del siglo VII antes de J.C., tenía sus semejanzas con el levitismo judío. Una moral muy hermosa que encontramos a través de los siglos en el Avesta, graves y verosímiles disciplinas, costumbres de compañerismo feudal muy sanas para una humanidad tosca todavía, significaban entre los persas la *areté* antigua, la que funda los imperios, pero los disuelve pronto.

Si nos fiamos de ciertas traducciones de textos asirios, que quizá necesitarán confirmación, Cambises, hijo de Ciro, al tomar posesión de Babilonia, en nombre de su padre ofreció sacrificios a los dioses del país. Ciro, cuando entraba en las ciudades, a los tres meses de conquistadas, dirigía una proclama al pueblo para anunciar que ocupaba el trono con anuencia de los dioses nacionales. Marduk, irritado por el abandono en que le dejaba Nabonahid, se había vengado llamando a Ciro y exaltándolo a tomar a Babilonia. Guió él mismo al ejército persa. Ciro era amigo predilecto suyo. Es posible que la adulación sacerdotal haya llegado a tales excesos. También según los relatos turcos, los franceses en 1830 tomaron a Argel por orden del sultán, para castigar la rebelión del rey. Pero para los israelitas, a pesar de esto, siguió siendo Ciro el destructor de los ídolos de Babilonia. Apareció así a los profetas como una especie de jehovahísta, como un *mesih*, un ungido, un hombre enviado por Jehová. Basándonos en las ideas cristianas sobre la vida de ultratumba, es difícil de entender este papel en un pagano. Dios parecía obligado a convertir a la verdadera fe a un hombre encargado de la ejecución de sus designios. Con paraíso e infierno, sólo hay elegidos y réprobos, pero, según las antiguas ideas judías, como todo el destino del individuo se realiza en la vida presente, Dios tiene mayor amplitud de acción. La Iglesia cristiana se vio obligada a hacer santos, o por lo menos cristianos, a Constantino y a Carlomagno. En cambio Ciro, según los judíos, pudo escribir «Jehová, Dios del cielo, me ha dado todos los reinos de la tierra», sin que por eso pensara hacerse judío.

Verdaderamente, la teoría judía de la Providencia estaba unida a una grave objeción, que la habría deshecho si entonces hubiese sido exigente el racionalismo. ¿Por qué va siempre Jehová a través de caminos torcidos para proteger a su pueblo? Si es omnipotente y quiere que Israel sea el centro del mundo, ¿por qué esas intrigas para alcanzar con Ciro y Nabucodonosor lo que le sería fácil conseguir directamente dando sin ambages la monarquía universal a su pueblo? Jehová recompensa al israelita piadoso dándole buenos cargos de intendentes, de chambelanes, de servidores favoritos junto a grandes personajes, pues más lógico sería que hiciera gran personaje a su protegido. Pero Jehová es un dios profundo en sus designios. Más que reinar, prefiere tener en la mano el co-

razón de los reyes. Israel será grato a los poderosos, y éstos deberán su poderío a la benevolencia que le manifiesten. Gobernar ostensiblemente el mundo es tarea difícil. Más vale aprovecharse del favor de los que sucesivamente pasan por la ruda labor del gobierno.

Los profetas judíos, según su idea de que las revoluciones de los imperios no tienen más objeto que el cumplimiento de las voluntades de Jehová respecto a Israel, son los fundadores de la filosofía de la Historia, es decir, del intento de sujetar todos los acontecimientos a un finalismo providencial. No es una de las menores singularidades del pueblo judío haber impuesto las quimeras de su patriotismo al mundo entero. En vez de narrar, Israel predice, es decir, sistematiza. Por eso no tiene historiadores, sino profetas. La invasión de los escitas, por ejemplo, no se cuenta en ninguna parte. El episodio de Gog, en Ezequiel, es el cuadro de ella, transformado en símbolo para lo porvenir. En aquel raro estado de espíritu todo se convierte en tipo y fórmula general. El hecho ocurrido apenas tiene significación.

El Libro de Ezequiel es un misterio histórico, una noche llena de relámpagos. El discípulo de Jeremías que interpoló las obras de su maestro, vio también muy lejos, cuando proclamó que los pueblos se cansan en balde y construyen cosas muy hermosas en beneficio del fuego. Por encima de las nacionalidades está efectivamente el ideal eterno. El idealismo, según el sueño israelita y cristiano, matará probablemente algún día a los patriotas y convertirá en realidad lo que se lee en el Oficio de difuntos: *Judicare seculum per ignem*.

La perspectiva de la toma de Babilonia había exaltado mucho la imaginación de Israel, pero más se exaltó al realizarse el suceso, y la llegada de Ciro a la dominación universal abrió la puerta a las esperanzas más osadas. Seguro de que el mundo gira para él, vio el israelita en los grandes trastornos una maniobra de Jehová para conseguir sus fines. La vara utilizada para castigar a Israel se había roto. Ciro sucedía a Nabucodonosor como ejecutor de la voluntad divina. Se supuso que quería reconstruir el templo de un Dios a quien lo debía todo, y ya veremos cómo se desarrolló este orden de cavilaciones. Se dio por hecho que Ciro, por lo menos ciertas veces, invocaba el nombre del verdadero Dios. Nunca se le hizo convertir al jehovahismo, pero se le atribuyó un gran reconocimiento de la superioridad de Jehová y una conciencia clara de la misión que estaba efectuando.

En efecto, la dinastía aqueménida es la dominación que más agradó a los judíos durante su larga historia. A pesar de su gran tendencia a lamentarse, jamás se quejaron del imperio persa. Con aquel régimen les iba muy bien a los pietistas judíos. Eran libres a su modo. Con algunas formas de respeto exterior que ocultaban bastante desdén, se creían protegidos contra sus vecinos y resguardados de las grandes revoluciones del mundo, sobre las que, según su costumbre, podían especular cuanto quisieran.

En sus primeros años el imperio aqueménida realizó un estado político bastante perfecto, algo similar al imperio germánico de la Edad Media, tan rápidamente latinizado y transformado por la corte de Roma, o más bien al imperio otomano de Mohamet II. La corrupción vino des-

pués, cuando Babilonia venció a su vencedor, e impuso al imperio aqueménida lo que impuso después a los sasánidas y a los califas, su civilización, su bajeza moral, su corrupción profunda y su molicie. Una fuerte organización central dejaba espacio a las diversidades locales, bien en forma de pequeñas monarquías, como las ciudades fenicias, bien en forma de religiones independientes. Eso era lo que Ezequiel había soñado para su Israel restaurado en pura teocracia. Esta teocracia que no hubiera podido vivir en ningún reino ni república, se encontró muy bien en una situación que la libraba de cualquier preocupación política, dejándola en libertad para seguir su utopía. Bajo el protectorado aqueménida, nada creó Israel, por estar agotada la capacidad de su genio creador, pero se desarrolló con admirable libertad.